

Caballos de la lluvia

W. O. Barreto
Noviembre, 2008

Entre Greenfield y Oakland se encuentra el parque Schenley. Tiene en sus entrañas al jardín botánico Phipps, varios parques infantiles, zonas de juego, canchas, piscina y pista de patinaje sobre hielo. Tiene además varios caminos que se internan en el bosque y recovecos para que la gente camine, trote, cabalgue a su pareja o a la bicicleta. Es un parque completamente abierto y verde y para el disfrute de cualquier persona. Los ciudadanos cuentan que de noche salen espantos y ocurren los crímenes más horribles de la ciudad. Un viejo soldado de la segunda guerra mundial en una de esas travesías entre Greenfield y Oakland, me comentó que había visto al legendario jinete sin cabeza sobre un corcel negro que medía dos metros de alto, con La Sallona muerta de risa a horcajadas. La verdad es que no creo en espantos, pero por si acaso decidí no tomar esos caminos en tinieblas.

Regresaba de una jornada de trabajo, eran las ocho de la noche un día de primavera. Estaba más oscuro de lo usual porque llovía más o menos constante y no tan fuerte. No era llovizna, estaba lloviendo. La gente todavía trotaba o caminaba con sus mascotas por esos caminos del parque Schenley. Bajo mi paraguas ví a lo lejos que venían cuatro caballos. En realidad no eran caballos pero parecían bajo la lluvia –pensé– un grupo de cuatro hombres, bastante jóvenes y uno ya entrado en sus cincuenta. Todos flotaban trotando al mismo ritmo e iban cuesta arriba y no disminuían el paso, que era rápido; iban sólo con zapatos ligeros y pantalones muy cortos, sin camisetas. Parecía que estaba dentro de un sueño. Imaginé a un profesor con sus pupilos, pues uno era asiático, otro indio y el otro latino. Pensé: van resolviendo un problema bosque adentro. O quizá ¿era un padre con sus hijos adoptivos?

Me transporté a La Perimetral en Cumaná cuando salía a trotar a la orilla del Golfo de Cariaco, hace unos quince años, con preferencia si llovía y sin camiseta. Solía trotar para pensar cómo dar solución a los problemas todos.

También recordé un viaje a la Gran Sabana, cuando al iniciar el regreso a casa desde Kama Merú, unos caballos salvajes se colocaron justo delante del carro, también llovía, iban galopando y volteando la cabeza hacia atrás, viéndonos, uno a la vez porque eran varios; sincronizados por un arcano mecanismo de reloj. Estaban despidiéndose, indicándonos el camino de vuelta. Bajamos los vidrios para verlos mejor y escuchar los cascos hollar el asfalto húmedo y sentir la lluvia. Volteaban nerviosos y serenos, exhalando el fuego del aliento por los ollares henchidos, depidiéndose, hasta que se rompió el hechizo. En el retrovisor quedaron a lo lejos relinchando y sacudiendo con furia sus cuellos, resoplando para hacer vi-

brar los bellos, expresando en lenguaje equino la charada que nos habían brindado con el abecedario del Universo. Eran caballos de la lluvia.

No entendí en el momento la lógica de mis recuerdos, ahora lo sé.

Recordé aquella canción de Yordano, Triste Historia, “... caballos salvajes llenan el aire, de encajes de polvo que abrazan el viento, y van arrollando a fulanos de fiesta, que no dicen nada y nos dejan cansados, ... las palabras salen, nadie me las para...”

Iba a una jornada de trabajo, a través del parque Schenley, eran como las 9 de la mañana de un día de primavera. Tuve la impresión de que estaba lloviendo algo amarillo. Me detuve a analizar el fenómeno. Era mágico. Como estaba comenzando la primavera y la hojas se renuevan, soplabla la brisa y caía de un gran arbol una lluvia de hojas diminutas (casi pulverizadas) que me empapaban. Seguí mi camino pensando en palometas amarillas e inofensivas.

¿Será que la vida es un sueño? ¿será que recordamos lo que soñamos? o ¿soñamos lo que recordamos? A veces no quiero despertar cuando los recuerdos son gratos.

Ahora no sé si lo soñé o lo viví, me da igual, una tarde de trote, al ocaso, sobre una yegua. A la orilla de la playa de San Luis, en la Primogénita del Continente Americano, fui un niño de nuevo; un sueño se me hizo realidad y no fue difícil, sin buscarlo lo encontré. Supe esperar sin saberlo. La luna de Fausto, que no era la luna, se sumergió en el horizonte. Llovía, sí, llovía sobre mi rostro el viento. Planeábamos como guanaguanares por la arena. Cabalgué tanto aquella tarde que La Paluza sudó sus nervios a través de mis jeans. Quedé adolorido, lo supe al final de la jornada, cuando en casa sentí el ardor de la fiebre ecuestre en el culo.

Fui feliz aquella tarde... como nunca en toda mi vida.

...cerré el paraguas y troté lo más rápido que pude bajo la lluvia detrás de una potranca pelirroja, que volteaba de vez en cuando para asegurarse que la seguía, hasta que se esfumó en el bosque del Schenley. Estaba perdido. Era tarde. Quedé dormido y soñé que soñaba.

Regresaba de una jornada de trabajo, eran como las 4 de la tarde. Camino a la Biblioteca Pública de Pittsburgh para renovar un libro, ví que estaba una muchacha escribiendo en una máquina de escribir tradicional, en el parque, al aire libre, justo al frente de la Biblioteca. Era algo ruidosa la máquina y como iba apurado no me detuve a husmear. Saliendo de la biblioteca, estaba otra muchacha escribiendo y un muchacho esperando, como haciendo cola. Me acerqué y ví un cartelito que decía: *Hey you! If you write me a letter I will write back...* (en letra más pequeña decía que había papel y sobres estampillados para el envío). Me eché a reír y seguí mi

camino de vuelta a casa. Cuando iba por medio camino pensé –¡coño! ¿por qué no escribirle?– y me devolví. Cuando llegué a la máquina había una cola más larga, no quise esperar y tomé una mala foto con mi teléfono. Había pensado escribirle: *Hi, Stop the War. Did you read Sophie's World by Jostein Gaarder?...* Dicen que Barack Obama está haciendo una campaña muy creativa por la nominación demócrata. No. Es una joda... es un experimento. ¿Será que Dios se hizo máquina? La tecnología del primer mundo en países de quinta (como en la República Bolivariana de Venezuela) produce efectos insospechados. ¿cómo haría mi abuelita para sacar el pasaporte ella sola en estos tiempos? El uso indiscriminado de la tecnología puede causar discriminación. Ahora se hace cola por la Internet para tomar una cita para hacer otra cola, la de siempre, en la Onidex, en donde, sospecho, hay funcionarios cubanos que expiden pasaportes. Tecnología y Revolución están generando más corrupción. En un mundo de tecnología avanzada quien no quiera, o no tenga para, usar un iPhone puede aún usar el correo ordinario, máquinas (sólo) para escribir o plumas que chupan y cagan tinta (otra tecnología). Si me escribes de vuelta prometo que te haré llegar un artículo que escribí hace nueve años y titulé Universos, es sobre las Bibliotecas Paralelas. Te confieso que este mensaje es un refrito, ya que tengo por costumbre no soltar el hueso hasta que doy por agotado el tema o el tema me agota. Dime cuál es tu Mundo (Filosofía). La búsqueda de una sociedad perfecta comienza por la realización de una idea ilimitada de Libertad, que se inicia en el Hogar, pasa por la Guardería... la Universidad y termina en medio de ninguna parte. *Thanks. Sincerely, Juan Luis Acevedo, 4105 Winterburn Ave. Apt. # 2 Pittsburgh PA 15207. ps. Address valid thru August 27th, 2007.*

Entre el Jardín Botánico Phipps y la Universidad de Carnegie Mellon jugaban *frisbee* dos equipos conformados

por niños, mujeres, gente mayor, gente joven, completamente mezclados. El juego consistía en irse pasando el *frisbee* sin dejar que cayera al césped y el equipo contrario trataba de interceptarlo, como fútbol americano pero muchísimo menos violento, vegetariano. El espacio del parque donde jugaban era más grande que un campo de fútbol y con cierta inclinación. Era como estar en un sueño recursivo, ver tanta alegría y felicidad de vivir, de jugar, de disfrutar.

Más adelante, sin haber salido del encantamiento del *frisbee* americano, vimos a una familia junto a un toldo donde tocaban unos músicos algo de Jazz, justo frente al Jardín Botánico de Phipps. Esta familia estaba en el césped, sentada en sillas de playa, a la orilla de la música. El padre como de unos 55 años, leía, el hijo como de 12 años, leía, y la madre como de 45 años, recostada con su codo apoyado en la “arena” y su mano en la nuca, estaba leyendo. Tomaban el sol, bebían, bebían de la fuente de la vida un fin de semana veraniego en Pittsburgh. Al pasar junto a ellos pensé que estaba en el Paraiso, en un sueño, estaba en Pittsburgh, lejos de mis ciudades tormentosas: Caracas, Cumaná, Mérida... lejos de mi desquiciado país, era agosto del año 2007.

Cuando desperté... estaba en el Hospital de Greenfield. Un conductor había derrapado su auto que sin control me golpeó y rebotó contra un viejo Apamate del Schenley. Corrí con suerte a pesar de todo. El impacto me dejó inconsciente sin mayores consecuencias. Quedé noqueado por andar soñando despierto, entre recuerdos y la lluvia. En la TV de la habitación un reportero daba cuenta de un crimen ocurrido la noche anterior en el Parque Schenley: Habían encontrado decapitado a un profesor catedrático de la Universidad de Pittsburgh, físico teórico, que había salido a trotar sólo bajo la lluvia. Curiosamente empuñaba un mechón pelirrojo.